

COLECCIÓN
ALMANAQUE

EN SERVICIO

•

PAULA TOMASSONI

PRÓLOGO: MARCELO CARNERO



VERA editorial cartonera

EN SERVICIO



ALMANAQUE

Como los viejos almanaques en los que caían juntos el santoral, dibujos o fotos y el calendario lunar, en esta colección se reúnen textos diversos hilvanados por la presunción de la necesidad de su difusión en este corte del presente.

COLECCIÓN
ALMANAQUE

EN SERVICIO

•

PAULA TOMASSONI

PRÓLOGO: MARCELO CARNERO



VERA editorial cartonera

COLECCIÓN **ALMANAQUE**

dirigida por Analía Gerbaudo

En servicio / Paula Tomassoni; prólogo de Marcelo Carnero. —1a ed.— Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 2020. Libro digital, PDF/A – (Vera Cartonera / Almanaque)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-692-230-2

1. Literatura Argentina. 2. Narrativa Argentina.
I. Carnero, Marcelo, prolog. II. Título.
CDD A863

© Paula Tomassoni, 2020.
© del prólogo: Marcelo Carnero, 2020.
© de la editorial: Vera cartonera, 2020.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional

V

VERA editorial cartonera. Centro de Investigaciones Teórico–Literarias de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral. Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet). Programa Promoción de la Lectura Ediciones UNL.



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Valentina Miglioli

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral (www.huertatipografica.com).

PRÓLOGO

•

MARCELO CARNERO

Paula Tomassoni trabaja su ficción desde lo real, pero en sentido contrario a la realidad.

Con materiales comunes logra mostrarnos el extrañamiento de lo cotidiano.

Su narrativa hace foco en esos detalles que la literatura, muchas veces, parece olvidar.

Quizás porque no son materiales cómodos para trabajar.

Quizás porque encontrar el punto de fuga en universos de esas características, no es para cualquiera.

En *En servicio*, Tomassoni va moviendo el eje, va corriendo el velo hasta dejarnos ver que toda historia siempre tiene un doble fondo. Y que es allí, entre lo que suponemos y eso que se nos va a develar, donde el territorio de la ficción crece.

La realidad de estos textos está construida sobre capas de sentido que la autora desmonta con precisión quirúrgica hasta encontrar la falla, la pequeña ventana por donde puede colarse el desastre.

Entonces, elementos tan disímiles como unas tapitas de plástico, unos lentes de sol o un mueble, son las llaves con las que los lectores vamos a poder atravesar esa dimensión. Porque es en esos elementos de la superficie, en los que pareciera no operar ninguna definición, en donde la autora trama sus certezas.

En una época en la que la literatura apela por demás a narrar el espectáculo o el efecto, la escritura de Paula Tomassoni es un refugio.

Con una prosa simple, pero no por eso menos potente; sin apurarse, como si intuyera que no hay adonde llegar, elabora un entramado de historias que cualquier lector va a saber agradecer; y nos deja pensando si no seremos, nosotros también, personajes que, en primera instancia, no tenemos nada interesante para ser contados.

Sin embargo, no estaría mal recordar que de cerca nadie es normal, y que somos afortunados de tener este libro, la mirada y la escritura de Paula Tomassoni para confirmarlo.

DEDICACIÓN EXCLUSIVA

Because I'm easy come, easy go
QUEEN. *Bohemian rhapsody*

Pone el agua caliente y sopla. Revuelve y mira el humo escapar de los pliegues del remolino. Y sopla de nuevo. Recién entonces sumerge el saquito de té y lo ve perder su color, ensuciar la transparencia, desangrarse. Mientras espera que la infusión esté al punto que le gusta, seca y guarda el plato y los cubiertos que usó hace una hora para cenar.

Va a ser una noche larga, pero está entusiasmado. Si entrega la nota a primera hora de la mañana va a tener una verdadera oportunidad en el diario. Al fin.

Vuelve con la taza humeante frente a la máquina de escribir. La apoya sobre la mesa y espera que se enfríe un poco antes de dar el primer sorbo.

Mira el cuaderno de notas y empieza a tipear. Las teclas se hunden con ritmo parejo y van manchando la hoja con la historia que le encomendaron: la crónica del crimen del que todos hablan. Hace diez días la foto de la jovencita recorrió todos los diarios y programas de televisión en un intento de dar con su paradero. Cinco días más tarde encontraron su cuerpo en un baldío. Se instalaron tres hipótesis: un vecino, el profesor de destreza y un transeúnte anónimo que se habría cruzado con ella cuando iba caminando al club.

Saca la hoja, pone una nueva y sigue sin detenerse. A ese ritmo va a poder terminar en un par de horas. Dos párrafos extensos y se acuerda

del té. Ya está frío, pero no importa. El trabajo está quedando bien y él va a tener una verdadera oportunidad de entrar al diario. Al fin.

Suena el teléfono. Lo mira como si fuera extraño que alguien llamara. Y lo es, por la hora avanzada. Mira el reloj sobre la mesa de luz que está junto a la cama. Son las dos y diecisiete. Quien sea que esté llamando, insiste. Se levanta, y atiende con desconfianza.

Es una llamada a cobrar desde Chivilcoy. Su tía, la hermana de su madre, lo llama para decirle que su padre murió inesperadamente. Que vuelva para acompañar a su madre, que está destrozada.

Después de cortar repasa la información. Un paro cardíaco. Van a velarlo durante el día siguiente para enterrarlo al otro día, por la mañana. Saca algunas cuentas: tiene cuatro horas de viaje hasta el pueblo, faltan unas veintisiete para que cierren el cajón, su padre no llegó a los sesenta años.

Pone nuevamente la pava sobre el fuego y vuelve a la máquina de escribir con la taza de té humeante. Tipea cuarenta minutos sin parar. Se detiene. Lloro brevemente tapándose los ojos con las manos. Se limpia con el reverso de la manga y sigue, párrafo tras párrafo, mientras su madre lo espera y su padre se enfría. Cuenta las hojas. Calcula la cantidad de palabras. Lee. Relee. Va hasta la mesa de luz y saca del cajón una tijera grande. Corta los dos primeros párrafos y los hace un bollo, tal como le enseñaron en el taller de redacción. Relee. Tacha. Corta dos hojas en dos partes e intercala los fragmentos. Hace marcas con la lapicera. Se sienta frente a la máquina para pasar la última versión con todos los cambios.

A las tres de la tarde está abrazando a su madre. Le parece que está vieja, resumida, opaca. Pasa toda la noche en la sala velatoria, junto a familiares y vecinos. Duerme un rato sentado en los sillones de la entrada, o parado junto a la ventana que da al patio exterior. Sostiene a su madre cuando tapan el cajón, ayuda a cargarlo hasta el cementerio. Antes de volver a Buenos Aires, la abraza y le da todo el dinero que tiene. Confía en que pronto cobrará la nota que acaba de entregar.

En la redacción, le asignan un escritorio propio, con una máquina de escribir. Se queda siempre después de hora. Presenta

todas sus notas puntualmente y está siempre dispuesto para cubrir las urgencias. Revisa textos de compañeros, los corrige. Conoce gente. Lo ascienden. Se muda dos veces en cinco años.

Lo nombran jefe de sección. Se enamora de una joven periodista que trabaja en el diario como correctora. Tiene ojos muy grandes, pestañas oscuras y una sonrisa que muestra poco. Sacó un crédito hipotecario para comprar un departamento. Se casa. Visita a su madre en Chivilcoy una vez por mes.

Cuando nace su primer hijo, su mujer renuncia al trabajo. Se alegra de haberlo hecho cuando llega el segundo. Con el tercero, ya ni se acuerda de que una vez trabajó. Tienen cuatro en total: tres muchachos y una niña.

Lo nombran Director del diario. Tiene una columna en un canal de televisión. Se mudan a una casa grande con servicio doméstico. En diez años tiene tres amantes. Guarda el secreto, nadie se entera, ni siquiera de la última que lo amenaza con contarle a la prensa sobre esa relación, si él insiste con obligarla a abortar.

Llega el agosto en el que cumple cincuenta y nueve y supera la edad de su padre. Escribe al respecto en la contratapa del diario. La nota tiene muchas repercusiones y es compartida en las redes sociales. Su mujer se emociona. Su madre la lee a la distancia: la visitan en Chivilcoy cada mes, mes y medio.

Se separa en buenos términos. Recibe algunos premios. Su hijo mayor entra a trabajar en el diario. El segundo tiene un problema de adicciones, pero logran recuperarlo.

Va en auto a Chivilcoy, solo. Escucha por la radio algunos clásicos de rock nacional. Está tan rota la ruta que no puede ir a una velocidad más rápida aunque su auto sea nuevo y moderno. Cincuenta kilómetros antes de llegar lo llama al celular la mujer que cuida a su mamá: que vaya despacio, que ya se murió.

Su madre está en la cama, de costado. Tiene las piernas dobladas y los brazos juntos. Él la ve muy chiquita, diminuta, como consumida. La llora. La entierra junto a su padre y cierra la propiedad para ponerla en venta.

En el sillón de su casa de Buenos Aires ordena fotos, elige alguna para enmarcar.

Publica un libro. Lo vende. Lo reeditan tres veces. Se va a vivir con una periodista del canal. Van mucho al cine. Se mudan a una casa más chica, en una zona acomodada.

Tiene dos nietos por parte de su hija. Su hijo más chico es padre de una niña pero la madre le inició acciones legales y no se la deja ver. El más grande trabaja en el diario. El segundo vive en Barcelona, todos sospechan que es gay.

Es la hora de la siesta, pero él no duerme. Trata de leer un libro, pero no puede concentrarse. Le echa la culpa al escritor. Su mujer se fue a una reunión de trabajo. Abre un canal de música en la computadora. Conecta los parlantes y escucha a Tom Waits. Desea tomar whisky y fumar un cigarrillo. Se ríe de sus deseos. Se siente joven. Planea invitar a su mujer a cenar esa misma noche, aunque al día siguiente haya que trabajar. Le parece tan buena idea que desearía poder mandarle un mensaje al celular, pero no debe molestarla en su reunión. Busca en internet un restaurant de comida armenia. Elige mentalmente una camisa. Aparta la silla del escritorio y mira un rato por la ventana. Es la llegada de la primavera la que lo pone de buen humor. Le queda una hora antes de tener que salir para el diario. Allí avisará a su mujer de sus planes y pedirá a su secretaria que le reserve el restaurant. Se incorpora apenas en la silla para acomodarse. Muere.

Su hijo que está en España toma el primer vuelo a la Argentina. Lo esperan para cerrar el cajón. Lo acompañan sus hijos, yerno, nietos, su mujer, su ex mujer, sus amigos, amantes, compañeros de trabajo, opositores políticos, su secretaria, los muchachos de tenis, algún amigo de la secundaria. La prensa cubre el entierro y da cuenta de la multitud. Un joven periodista logra, mediante un contacto, entrevistar a la hija. Es una nota muy conmovedora. En cuanto la termina, sale corriendo al canal para editarla. Cree que es la mejor nota sobre este entierro. Cree, está seguro, que en cuanto la vea, su jefe finalmente le va a dar una oportunidad.

NORMAS APA

Todo pero las tapitas. Tan cínica.
Tan, tan mierda.

Porque ya hago como si no te escucho, pero tenés un historial de reclamos. Los hilvanás como el punto cadena del crochet. Que una cosa, que la otra. Que la de más allá.

Cuando me levanté, ya estabas en la cocina, la computadora prendida, el mate frío. Yo por mí comía cualquier cosa, una manzana. Pero te hice tostadas. Nunca ves esas cosas.

Te pregunté algo, no me acuerdo bien, lo de siempre: si habías dormido bien, o cómo era tu día, qué ibas a hacer y eso. Algo común y de gente normal, de gente que vive junta y hace preguntas normales. Pero vos, nada. Que la entrega y eso.

Me fui a bañar y me fui. Volví más temprano que otros días, compré mandarinas emmentals, que son las que te gustan, y te pelé una arrancando la primera cáscara con un cuchillo: cuesta pelarlas con la mano. La puse en un platito, los gajos ya separados, y la acerqué al lado de la computadora. Ni moviste los ojos de la pantalla. Estiraste la mano y comiste los gajos de a dos, como si hubieran llegado solos hasta ahí, como si hubieran nacido de la mesa.

Ya sé. La urgencia. De eso dependía tu trabajo, tu carrera, tu desarrollo profesional, la felicidad del mundo. Ya sé. Me fui a cambiar para ir al gimnasio. Era martes, y martes y jueves voy al gimnasio.

Ya lo sabés, aunque casi nunca te acordás. Vos tendrías que anotarte en el gimnasio. Pasás muchas horas sentada. Muchas. Tu desarrollo profesional te va a dejar el culo como un escudo hoplita. Te vas a morir joven, con las arterias tapadas de grasa y nicotina.

Seguís ahí cuando vuelvo. ¿Cuántas páginas escribiste? ¿Cien? Te pregunté y por primera vez en el día sacaste la vista de la pantalla y me miraste. Me acuerdo perfectamente de eso. No fue ningún detalle sin importancia, me acuerdo perfectamente porque estuve todo el día esperando que me miraras. Me miraste y me dijiste que siete, y me dio risa. Hacía diez horas que estabas taca taca meta darle al teclado. Por siete páginas. Me dio risa. A cualquiera le hubiera dado risa.

Te levantaste por primera vez. Me acuerdo perfectamente de eso también. Creo que ni al baño habías ido en todo el día. Te levantaste, me esquivaste, y abriste la heladera. Sacaste una botella chiquita de agua mineral, llena hasta la mitad. La tomaste hasta vaciarla. No me olvido de tu imagen tragando agua como si estuvieras en el desierto.

Y entonces, fue lo que fue. Tapaste la botellita vacía, y la tiraste al tacho. La saqué del tacho y le saqué la tapita. Volviste a preguntarme (¿de nuevo?) para qué quería guardar las tapitas. Volviste a decirme (otra vez) que solamente la gente subnormal puede creer que el Garrahan va a tener un resonador nuevo cambiándolo por tapitas plásticas.

Ganas de llorar. Ganas de gritarte hasta perder la voz. Ganas de decirte (de nuevo) que lo único que te importa un poco es tu trabajo, tu carrera, que no le importa a nadie. Que cualquier cuatro de copas con el laburo más pelotudo del mundo es más útil que vos. Que mil veces más productivas que vos, son mis tapitas, que pueden salvar a un chico, que pueden transformarse en un resonador que haga la diferencia entre la vida y la muerte. La tapita casi no se había ensuciado en el tacho, así que la froté un poco contra mi remera, y fui a guardarla, pero no encontré el bidón vacío en el que las ponía. Otra vez con la vista en la pantalla, me dijiste (me

acuerdo perfectamente cómo me lo dijiste, con los labios tensos, finitos) que lo habías tirado, porque ocupaba mucho lugar.

Todo, menos las tapitas. Porque con los pibes, no. Porque ojalá nunca te pase, nunca necesites la solidaridad de la gente y rebotes contra una pared de yeso, que sería como rebotar contra vos misma. Porque eso sos, una pared de yeso, con desarrollo profesional.

Fue la última noche que pasé en casa. Me acuerdo perfectamente porque el jueves siguiente, cuando me cambié para ir al gimnasio, ya estaba en la casa de mi vieja. Fue exactamente así, como lo cuento. Y ahora me decís que con tal de volver conmigo te ponés a juntar tapitas, que te tomás toda la producción de Villavicencio y Coca Cola con tal de conseguir tapitas, que sos capaz de tapizar de plastiquitos las paredes de la cocina. Me decís eso, porque ya mandaste el paper, porque tu desarrollo profesional está encaminado y ahora te sobra el tiempo. Me acuerdo muy bien de cuando me dijiste que volviera a casa. Te habías puesto rimmel oscuro, que te aclaraba los ojos, y pestañabas. Yo te dije que volvía, pero que me cuidarás: no podía andar yendo y viniendo todo el tiempo. Las parejas normales no hacen esas cosas.

Me lo prometiste, me lo juraste, me lo re juraste por la vida de tu vieja, sin cruzar los dedos. Te creí bastante.

APUNTES DE CAMPO SOBRE LA MIGRACIÓN

DIARIO DE LA OFICINA

Ministerio de Obras públicas.

Segundo piso. Oficina 17.

- 11 de octubre. Mora dice: Me compré estos lentes de sol.
Son divinos.
- 13 de octubre. Mora dice: Son divinos
- 21 de octubre. Mora dice: El negro que me vendió los anteojos me saluda. Debe reconocer su mercadería.
- 23 de octubre. Mora dice: Vende unos anteojos divinos. Tengo ganas de comprarle otros. Hay unos parecidos a estos pero como con violetita, como con tornasolado en el lado de adentro. Divinos.
- 4 de noviembre. Mora dice: Habla re bien español, el negro. Me quedé charlando un rato. Tiene dos hijos chicos. Viven allá, en Senegal, con su madre, allá.
- 11 de noviembre. Mora dice: Me hizo dos gafas al precio de una.
Mirá lo que son.
- 16 de noviembre. Mora dice: Se llama Rambo. ¿Es un nombre, Rambo? Yo le entendí así. Le pregunté como tres veces y siempre entendí Rambo. Pero me da miedo, a ver si le digo Rambo y entendí mal. ¿Estás conectada a internet? A ver, buscá nombres comunes en Senegal.

- 18 de noviembre. Mora dice: Estaba charlando con un amigo. Me lo presentó. Los negros no son todos iguales.
- 3 de diciembre. Mora dice: Les conté de Víctor. Ellos creen que no lo merezco, que merezco otra cosa.
- 12 de diciembre. Mora dice: Le compré a Rambo los regalos para mis cuñadas. Me hizo precio y me regaló este monederito. Precioso.
- 13 de diciembre. Mora dice: Yo no uso monedero. Dejémoslo acá en la oficina, para los clips.
- 21 de diciembre. Mora dice: ¿Cómo será navidad en Senegal?

OBSERVACIÓN NO PARTICIPANTE

Los negros no roban celulares. Todos tienen teléfonos baratos. No les importa. Deben robar otras cosas, pero celulares, seguro que no. Mora se hizo amiga del senegalés que vende anteojos de sol a media cuadra del trabajo. Cada mediodía, cuando va a comprar comida, se queda un rato charlando. Le cuenta cosas. Que está podrida de su novio, por ejemplo. En realidad, de su novio no, sino de la madre, que vive en Quilmes, y cuando viene a ver al hijo se queda a dormir en su departamento. Que no puede ser más hin-chapelotas, le dice. Si al final, Quilmes no es tan lejos y bien podría ir y venir en el día. Pero no. Llega después del mediodía, ordena un poco el departamento, hace algunas compras, cocina, y cena con su hijo. Después duerme y al otro día se va. Dice Mora que su suegra es una vieja cogotuda, y le pregunta al negro si sabe lo que quiere decir cogotuda, y de dónde viene. Le explica y el negro se ríe y entonces Mora le pregunta si allá en Senegal hay gente que tenga plata o son todos pobres. El punto es que le cuenta que a la vieja le cuesta andar en colectivo, y que por eso se queda a dormir y también porque es celosa y que el hijo, su novio, no se da cuenta cómo a causa de los caprichos de su madre se resiente la relación, porque ella se siente invadida, como que pierde su privacidad en

su propio departamento. Su amigo el negro la escucha y asiente y sonríe cuando ella habla mal de su suegra, y solo interrumpe el diálogo si alguien viene a preguntar el precio de unos lentes. Le cuenta sus planes futuros: quiere ahorrar plata para hacer un viaje con su novio, como hicimos sus compañeros de oficina, aunque todavía no sabe adónde. El negro le propone que vayan a Senegal. Justo a ella, que ni puede ubicar el país en el mapa. Que ni sabe si se escribe con S o con C. Se imaginaba un desierto de arena con jirafas y leones. Le hace una sola pregunta: «¿Las serpientes son muy grandes allá?». Así y todo, nunca conocí a nadie que supiera más de los senegaleses que Mora. Puede predecirlos con solo mirarlos, como si les leyera la mente.

REGISTROS

Ana (contaduría):

Barcelona. Sumergidos en el aire irrespirable del subterráneo, estaban sentados uno al lado del otro, las bolsas de mercadería a un costado, tan negras las caras que de a ratos parecían una sola. Una sola, prolongada, y sin el corte tranquilizador de los dientes blancos sobre la piel oscura, porque ninguno sonreía.

¿Cuánto tiempo habían estado ahí enterrados? Cuando yo bajé del tren, ya estaban. Hacía mucho calor y las caras, húmedas, brillaban. Era como un búnker en Senegal. Cuando subía en la escalera mecánica se me ocurrió que al salir a la superficie, en vez de salir a la ciudad, me encontraría con la sabana. Como el ropero de Narnia, pero saldría al calor africano, y a defenderme de los leones. Capaz, de un elefante.

Pero no era Narnia y ahí estaba la ciudad, hermosa como siempre, con su monumento metido en el mar, y el mar, y la costanera de baldosas grandes, y los puestitos de comida rápida.

Nos sentamos, y mientras esperábamos nuestros sandwiches vimos cómo la grúa municipal se llevaba un auto que estaba en

infracción. «No estaba tan mal estacionado», me dijo mi amiga mientras veíamos al vehículo alejarse con su carga por la avenida. Creo que recién entonces me preguntó si había visto a los negros. Le dije que sí con la cabeza.

Me había querido convencer de que comprara un sándwich de jamón crudo, pero yo elegí uno vegetariano. «Pero valen lo mismo» fue su argumento más firme. No hubo caso y por eso me miraba saborear las berenjenas asadas con cara incrédula, mientras sus dientes tiraban con dificultad para cortar el jamón que se veía (y olía), es cierto, riquísimo.

Al segundo mordisco, mi amiga me hizo un gesto con la cabeza, me di vuelta y los vi. Salían de a uno y bajaban rápido la lomada, medio zigzagueando por el peso. Cada uno cargaba sobre sus espaldas un colchón doblado al medio y, encima, la manta hecha una bolsa que contenía la mercadería. Parecían hormigas y también, tortugas. Algunos se inclinaban hasta doblarse para sostener su carga. Los miramos pasar a lo lejos mientras terminábamos nuestro almuerzo y compartíamos la Seven Up.

Mirta (Recursos humanos):

Una vez fuimos a Europa, y en Europa a Italia, y en Italia a Venecia, y en Venecia a Murano. Qué lindo es Murano. El lugar parece un cuento, tan blanco, sin automóviles, convocándote a admirar sus esculturas de vidrio. Nos invitaron a entrar para que veamos cómo se hacían, pero había que pagar entrada. Mi marido no quiso (es cierto que era caro) y seguimos caminando, de la mano, por las calles de traza irregular, entre ventanas cerradas. Qué extraño debe ser vivir en una isla. Es un lugar chico como un pueblo, pero aislado. Tomamos agua, nos sentamos un rato, seguimos caminando. Se quedó con bronca, él, mi marido, de no poder ver la fábrica de vidrios, y enojado de que nos cobraran por todo. «En Europa todo tiene precio», dijo: «hasta mear». Nos metimos por calles internas buscando un lugar en el que pudiera hacer pis. Yo no tenía más remedio que pagar para ir al baño. En una calle

desierta, corta, con casas de ventanas cerradas, se arrinconó contra una medianera de ladrillos blanqueados. Yo lo esperaba parada casi en la esquina, mirando hacia adentro de una habitación por un postigo abierto. Se acercó caminando mientras se abrochaba el cierre del pantalón. Nos vio a los dos en la misma imagen: el hombre de adentro de la casa, transpirado, al lado del fuego incandescente, sosteniendo con la pinza de metal encendida la pieza del vidrio contra el yunque, y yo, parada en la vereda, al rayo del sol que caía vertical sobre mi sombrero de rafia, nos mirábamos. Él, los ojos blanquísimos sobre el arrebató de su piel morena. Yo, los ojos bajo la sombra del ala del sombrero. Mi marido me empujó un poco para romper el hechizo y avanzar, mochila al hombro, hacia la parada del ferri que nos llevaba de vuelta. Antes de partir, insistí en comprar un dije con una cadenita de plata. Me lo envolvieron en una cajita con toda paquetería y lo puse bien al fondo de la mochila, para no perderlo, por si en Venecia robaban.

Carlos (Liquidaciones):

En la base de la Torre Eiffel encontré los cartelitos que me había dicho Aldana y le pedí a Nora que le sacara una foto para mandársela por WhatsApp. Ne pas acheter des marchandises aux immigrants illégaux ; risque de vol. Que no les compremos cosas a los negros, le traduje, porque afanan. Tenían debajo de las letras dibujos de unos hombrecitos negritos, bien negros, que parecían en movimiento o algo así. Como si bailaran. Afro. Aldana me había explicado bien cómo tenía que hacer, y yo se lo decía a Nora aunque no me escuchara. Ella me había dicho que sí había que comprarles a los negros, porque era mucho más barato que en los negocios, pero que había que ir con el dinero justo, y con cambio. Y el dinero en el bolsillo, nada de andar abriendo la billetera. Tal como ella me dijo me ofrecieron cinco llaveros de la torre Eiffel por un euro. Aldana me había aconsejado que regateara, que regateando les sacabas hasta el doble de llaveros. Yo conseguí siete, en un momento pensé que me iba a dar ocho, pero cerramos en

siete. Apenas saqué la foto se la mandé a mi amiga por WhatsApp. Estaba escribiendo un mensaje y Nora me dijo que guardara el teléfono. Yo le dije que Mora, de acá de la oficina, me había dicho que los negros no roban celulares, pero mi mujer me dijo que lo guardara igual y ahí entendí que era más por celos que por estar preocupada por la inseguridad.

Claudia (contaduría):

Cuando fuimos a Europa alquilamos una moto para recorrer las playas. El primer día, al mediodía, casi insolados, paramos a descansar a la sombra de unos arbustos, frente al mar. Nos habíamos puesto en la cara y el cuerpo bloqueador solar, pero como veníamos del invierno de Sudamérica nuestras pieles blancas se habían puesto fucsias como si no tuvieran protección. Sentíamos la cara tirante del calor y por eso en cuanto vimos un árbol bajamos a descansar. Mirábamos el mar cuando pasó un senegalés vendiendo anteojos de sol.

–¿Querés ver gafas? –preguntó.

Nos asombró que hablara en español.

–No, gracias –clausuré.

–Sí querés ver –insistió–. Yo te veo cara que querés ver. Te van a gustar mis gafas: mirá.

Ya se había arrodillado frente a nosotros y había abierto la manta llena de lentes de sol. Algunos eran preciosos.

–Elegí uno que tu esposo paga. ¿Eh? ¿Qué le parece? Regalo por quince euros. ¿Son españoles?

–No –le aclaré–. Argentinos.

–¿Argentinos? ¿Messi? ¿Maradona? ¿Buenos Aires?

Dije que sí con la cabeza y empecé a mirar los anteojos.

–Tengo muchos amigos en Buenos Aires. Es lejos.

–¿Y vos? ¿De dónde sos?

–De Senegal.

–Hablás muy bien español.

–Y sí... porque trabajo en España también. Hago la temporada allá y acá. Amigos de Argentina, hago rebaja: diez euros.

Logré comprar tres anteojos al precio de dos y mientras los elegía, al negro le sonó en el bolsillo del pantalón el timbre de un mensaje que entraba al celular. Cuando sacó el teléfono me acordé de lo que nos decimos: era pequeño y antiguo, un milagro que pudiera mandar y recibir mensajes de texto con esa porquería. Le pagué los lentes y se paró haciendo el ademán de irse, pero se volvió a agachar. Apoyaba la mano de dedos largos y negros como las patas de una araña sobre su remera blanca (¿Son grandes las arañas en Senegal?) y nos preguntó si podía hablar por teléfono enfrente nuestro. No entendimos. O yo no entendí: primero creí que quería nuestros teléfonos (¿Para llamar a Senegal?), y después pensé que estaba intentando engañarnos de algún modo, no me daba cuenta cuál. Mi marido, en cambio, más tranquilo que yo, le dijo que no había problemas. En cuclillas, mirándolo a los ojos, le explicó que acababa de recibir desde su país un mensaje de su hermana pidiéndole que lo llamara, y que hacía una semana que su padre estaba muy enfermo, y a él le daba miedo llamar.

Se acomodó al lado nuestro, en cuclillas, mientras esperaba que lo atendiera su hermana en África. De pronto comenzó a hablar en un idioma que no entendíamos. Nos tomamos de la mano, pensando cada uno (yo, por lo menos, pensaba eso) qué íbamos a decirle a nuestro negro si del otro lado le decían que su padre había muerto. De pronto, en medio de su conversación, levantó la vista y nos miró aliviado, extendió su mano araña sobre el pecho, y nos hizo un gesto como si suspirara, explicando que el miedo había pasado, que la noticia que tenía su hermana para darle no era tan mala. Nos agradeció diciéndonos que éramos realmente buenas personas, porque los argentinos eran buenas personas. Estaba conmovido. Nos dio un apretón de manos para despedirse, levantó su panel de anteojos y caminó por la playa unos treinta metros más. Entonces apoyó sus mercancías y se sentó al rayo del sol y se quedó quieto mirando al mar. Nosotros también estábamos conmovidos, y callados.

PRE HIPÓTESIS

Registro del diálogo entre Mora y Aldana:

–¿Y si se mueren?

–Qué. Si se mueren, qué.

–A dónde los entierran, acá o allá.

–No sé. Todos son jóvenes. No creo que se mueran mucho.

HIPÓTESIS

Los negros no se mueren, su piel de cascarudo resiste todos los males, excepto, claro, la aventura escandalosa de querer cruzar el mar.

PERSPECTIVA CUANTITATIVA: EL DESBORDE

Qué lástima que no tengo el celular para iluminar un poco. No entra nada de luz por la ventana y es una oscuridad a la que los ojos no se acostumbran. Tampoco al olor, ni a los ruidos. El agua golpea contra las paredes, empuja y apila los muebles. La heladera se cayó sobre la mesa. El modular de algarrobo macizo, sobre el que estoy acostada, a veces se bambolea. Qué bueno que compramos el de uno ochenta. Pablo quería el de uno cincuenta: decía que la casa era muy chiquita para un mueble tan grande, y algo de razón tenía porque quedó muy encimado al marco de la puerta. Pero ahora que entro tan bien acostada acá arriba me siento más que agradecida por haber insistido. Las puertitas ya se abrieron y las cosas que había adentro flotan o se hundieron en esta pecera con agua podrida que es ahora mi casa. Paso lista: el juego de vajilla de la abuela, las copas de la mamá de Pablo, libros, los apuntes de la facultad.

Soy igual, igual a mi abuela: gente sufrida y abundante en lágrimas, mocos, taquicardia y sudor en las manos.

Es una suerte que ya no viva la abuela, pobre. A dónde está Pablo ahora. Supongo que no pudo salir de la oficina. Mejor: no hay espacio para los dos acá, arriba de este mueble. Él debe estar bien. Mejor que yo, seguro. Como un ejercicio, trato de no pensar en el auto que estamos pagando en cuotas, ni en las cosas que me preocupan.

El agua empezó a subir hace unas horas. Yo estaba hablando con Ámbar por teléfono. «Negra, aguántame un cacho que me entra agua por debajo de la puerta». Dejé el aparato sobre el mueble y puse un trapo de piso como contención. Volví a la charla con mi amiga, pero tuve que cortar: «Está entrando más agua. Después hablamos». Puse otro trapo de piso, y una toalla.

Cuando tuve cubiertos los tobillos desistí de seguir mojando trapos. No iba a llamar a Pablo por esta pavada. En cuanto él llegara, me ayudaría a sacar el agua, y listo. Por las dudas, empecé a subir las cosas del estante de abajo del mueble a la mesada.

Si estiro la mano, puedo tocar el techo. Esta parte de arriba del mueble está sucia, nunca la limpio. Suele juntar mucha pelusa y telarañas. No me gustan las arañas, soy medio fóbica. Mi abuela era fóbica a las víboras. Un día en su casa de Gonnet había aparecido una culebra y se había subido a una mesa gritando que se quería ir a vivir al Hotel Provincial, que ya no existe. El edificio pertenece ahora a Tribunales. Está en pleno centro de la ciudad de La Plata, no tan lejos de donde estoy ahora. Mirame, abuela: vivo en la ciudad, y tengo la casa llena de agua. Pero no te preocupes: ya aprendí cómo no desesperarme.

Cuando el agua pasó los ochenta centímetros, se cortó la luz. Desde afuera llegaban gritos imperativos: la gente intentaba ordenarse. Tanteando los muebles, fui hasta el cuarto. La puerta del placard estaba abierta, agarré del estante del medio una mochila que no sabía con qué llenar. Encontré al tanteo la media en la que escondía la plata y la guardé. El agua tiró la mesa con la computadora. La cabecera de la cama golpeaba contra la pared. La crecida me llegaba a la cintura.

No tengo cigarrillos, ni encendedor, ni fósforos. No sé, igual, si puedo prender fuego. Escuché hace un rato a la cocina salir nadando y chocar contra la mesa que carga a la heladera: puede haber un escape de gas. Qué ridícula: la entrada del gas está debajo del agua. ¿Es igual peligroso? No lo sé. Espero que Pablo esté en la oficina, en el tercer piso, a salvo. Espero que no cometa la locura de querer

venir a buscarme. Yo estoy bien, acá arriba. Voy a estar mejor cuando amanezca y pueda ver un poco qué pasa. Voy a estar mejor también cuando dejen de aullar los perros. Y mucho, mucho mejor, cuando deje de gritar la gente. Desde afuera llegan los chillidos de un bebé: deben ser los vecinos de enfrente que están arriba del techo. Llueve torrencialmente.

No es momento para hacerme reproches. En las catástrofes uno hace siempre lo que puede, pero tendría que haberme ido de casa antes, en vez de perder tiempo armando una mochila de emergencia a oscuras. Cuando tuve el agua en la cintura me di cuenta de que tenía que salir. Caminé haciendo fuerza, hasta la puerta pero no pude abrirla. Giré la llave y tampoco pude. Solté la mochila para tirar con las dos manos, pero era imposible: el agua podrida tenía más fuerza y, además, ya casi me llegaba al pecho. No podía salir. Hacía un año habíamos puesto rejas en todas las ventanas. Fue entonces cuando pensé en subirme al modular.

La perra quedó afuera: seguro se subió a algún lado. Qué suerte tiene Pablo, porque en la oficina hay una máquina de café. ¿Tendrán luz? No tengo reloj. Cómo me gustaría dormirme. Cómo me gustaría que amaneciera.

¿Cuánto habrá ahora de agua? El mueble tiene dos metros, y el nivel está tan cerca que sube recto el olor de la mugre. ¿Un metro ochenta? Por ahí debe andar. Encima no se queda quieta, como el mar cuando está picado. Me hago un chiste: tendría que haber tomado Dramamine. Es un chiste tonto, pero se lo voy a contar a Pablo cuando lo vea. No quiero ni pensar en lo que las olas sepultan. Mejor poner la mente en otra cosa, y cuando todo seque, veremos qué se puede salvar. Ojalá la perra estuviera conmigo. Ojalá el auto del vecino dejara de golpear contra la pared del garaje que linda con la de mi cocina. ¿Y si el auto rompe la pared? ¿Puedo salir nadando? ¿Y si al romper la pared hunde mi balsa? Mejor que quede todo así.

Se oye una voz pidiendo ayuda. No la había escuchado antes. Se oye cascada, pero estoy segura de que es Cata, la vecina de

enfrente. Grita «socorro», primero de a poco y después más rápido. Primero más fuerte y después más despacio, hasta que no suena más. Quiero darme vuelta sobre mi canoa, pero se bambolea.

Tengo la ropa mojada y seguro voy a agarrarme flor de resfrío. De haber rescatado algo, tendría que haber sido una manta. Eso me hubiera dicho la abuela. Tengo ganas de hacer pis: mojado por mojado, me dejo ir. ¿Me habré dormido? Ya paró, porque no escucho la lluvia sobre las chapas. Tampoco se oyen gritos, ni bebés llorando. Lejos, algún perro. El agua está quieta. No estoy preocupada. No tengo ganas de llorar ni me sudan las manos: tengo frío, nomás. Tal vez hambre. No quiero enloquecerme como cuando era como la abuela, y todo me desesperaba. Tranquila. Ya pasó lo peor. Ya no llueve. Pronto va a empezar a bajar el agua. Me voy quedando dormida con esa certeza: pronto va a empezar a bajar el agua. La Plata es una ciudad escurridiza.

PLANTA PERMANENTE

Ya bastante la habían cuidado, sentía, para molestarlos abriendo la ventana en invierno. Apenas la entornó y respiró. Inhaló profundo. Se quedó ahí por un rato. Mientras todos fumaban, se quitó el broche que sostenía el pelo y lo empezó a peinar. Limpió el cepillo y cuando vio que el manojito de pelos era escaso, sonrió: meses atrás iba por la vida dejando mechones. Conforme, movió la melena, ya bastante larga, a un lado y a otro. Inés, que había venido a traer un informe de la oficina de al lado, buscó la mirada cómplice de Víctor. Toda esa escena les parecía, adrede, una provocación. Betti los vio mirarse y, aunque estaba de acuerdo con ellos, no se pudo acoplar al cruce de pensamientos; pero hizo un guiño de ojos a Ana Laura, que entendió enseguida. Víctor le firmó a Inés el documento y se lo entregó levantando las cejas. Ella fue más audaz y escupió «qué va a ser...» antes de irse.

Maruja no les prestaba atención. Miraba los techos de los edificios bajos de enfrente, las palomas sobre el cable de teléfono, la mugre que quedaba en la vereda de la verdulería a la hora de la siesta, mientras balanceaba su pelambre hacia un lado y hacia otro y le sacaba brillo con el cepillado. Todavía no podía teñirse, así que, aunque ella misma, tan coqueta, no pudiera creerlo, tenía el pelo largo y gris.

Los chismes en el piso corrían a la velocidad de la luz, y así había sido también con el de su diagnóstico, casi tres años atrás. Las cuatro oficinas enteras más Ana Laura, que por entonces estaba en Mesa de Entradas, se habían enterado (antes incluso que el marido de Maruja) que le había dado mal la mamografía. «No pongan nada en Facebook –le había pedido a Martincito, que vivía conectado al celular mientras lloraba en la cocina, sin soltar el sobre enorme con el resultado– que el Flaco no sabe nada».

Matecito, cafecito, tecito, unas masitas... las compañeras se deshacían en mimos y atenciones. Era tan buena mina, Maruja. Poquitísimo tiempo después se hizo la operación. Cadenas de oración, medallitas, estampitas, santos expeditos, rosas místicas y la mar en coche no fueron suficientes: era maligno. Como un soplo, llegó la sentencia:

«No le dan más de seis meses».

«¿Seis? A mí me dijeron tres».

Los susurros de pasillo y rincón se plagaron de tecnicismos oncológicos y de casos narrables, al tiempo que Maruja fue perdiendo el pelo. Se tomó una licencia breve, pero la levantó: «No puedo estar en casa. Prefiero venir a trabajar. Por lo menos me distraigo». Solamente Ana Laura se animó al juicio: «qué boluda...». Nadie la apoyó.

Pasaron tres meses, y otros tres, y tres más. Fueron rayos, y quimio, y otra vez rayos, y dos operaciones. En contra de lo que todos hubieran imaginado, se acostumbraron a verla sin cejas y con esos pañuelos de colores cubriendo la cabeza.

Al año y monedas, Maruja fue a hablar con Sergio, el jefe de área, para que resolviera el tema del cigarrillo en la oficina: «Imagínate lo mal que me hace». «Obvio Maru, obvio» respondió el jefe y reunió al equipo. «Obvio Sergio, obvio. Fumamos afuera, si son dos pisos nomás». Por escalera. Era verano, y la mugre de la verdulería traía todas las moscas del mundo a esa cuadra: eran miles, vivas y muertas. El humo de los cigarrillos no las ahuyentaba.

Al año y ocho meses llegaron noticias de las oficinas de Barrio Norte. Allá hubo movimiento en los cargos. «¿Y acá para cuándo?».

El jefe se excusó: allá se hicieron lugares porque se jubilaron dos compañeros. «¿Qué culpa tenemos nosotros si acá somos todos pendejos?». Víctor festejó el chiste palmeando la espalda de Martincito, que era el más joven. Fue Ana Laura, la de Mesa de Entradas, la primera que lo dijo en voz baja, señalándola con la cabeza: «Se da cuenta de todo». Y agregó casi en un susurro: «¿Por qué no se pide licencia? ¿Por qué no se baja voluntariamente del cargo? Si total...». Inés le hizo una señal para que se callara la boca.

Llegando a los veinte meses sucedieron dos cosas: el pelo de Maruja empezó a crecer otra vez y Martincito se mató en un accidente de moto. Fue un martes a la noche, cuando volvía a su casa después de dejar a la novia. Al otro día, el velorio empezó temprano. El padre del muchacho lloraba parejo, sin parar ni a tomar aire; la madre, medicada, sentada en un sillón rojo obispo, miraba los arreglos florales. La novia estaba descompuesta en la cocina de la sala mortuoria. Muchos amigos lloraban a Martín: era tan joven.

Los compañeros de la oficina entraron todos juntos para despedirse. Cuando Inés lo vio con la cara golpeada, los labios pegados con la gotita, el pelo hacia adelante (le habían cambiado el peinado para tapar algunos magullones en la frente), pálido, grisáceo, verdoso, cadavérico, no pudo evitar un pequeño alarido. Víctor la abrazó enseguida. Todos lloraban. Ana Laura no se había sacado los anteojos de sol. Cada tanto, Sergio, el jefe, repetía «La puta madre, che. La puta madre», como si hubiera lugar para el reclamo. Maruja, al lado del cajón, con su cráneo totalmente cubierto de un centímetro de pelo grisáceo, lo miraba fijo.

Después del primer impacto, los llantos aflojaron y Betti se animó a acariciarle las manos. Entonces, de a uno, fueron reparando en Maruja. Sin darse cuenta, dejaron de mirar al muerto para enfocarse en la sobreviviente. Otra vez fue Ana Laura la que verbalizó: «Qué vida perra. Me cago en dios... qué vida perra».

El clima del velorio siguió en las oficinas lo que quedaba de la semana. Donde fuera que se toparan unos con otros (la fotocopidora, la cocina, el dispenser de agua) se abrazaban y lloraban.

Imprimieron fotos de Martín y las acomodaron en todos los escritorios. Maruja estuvo todo el tiempo seria, sentada en su mesa, o mirando por la ventana.

«La enfermedad la puso insensible».

«No quiero hablar mal porque, pobre... pero dicen que cuando tiene algo así tan grave la gente se hace mala, se vuelve mala persona».

«¿Qué enfermedad? ¿No era que le daban tres meses?».

Ocho meses después, el pelo llegaba algunos centímetros debajo del hombro. Además de gris, había crecido más enrulado, y eso a Maruja la divertía. Se había comprado un cepillo pequeño color violeta y a cada rato se peinaba. Sus compañeros la miraban de reojo y comentaban: «Mírala...», dijo Ana Laura. «... soltate el pelo con Wellapon».

Otra vez verano. La verdulería se había mudado pero no se había llevado las moscas. «¿De dónde salen? ¡Son miles y miles!». El puesto de Martín lo ocupó Ana Laura y Eliana era la chica nueva en Mesa de Entradas. Un lunes, Sergio llegó al piso casi a las once y reunió a todo el personal en su oficina. Maruja se peinó antes de entrar. El jefe hizo un paneo a la ronda y les contó la novedad: estaba enfermo, le habían descubierto un tumor en el riñón, no muy grande, pero probablemente maligno. Iban a operarlo y después de la biopsia, verían cómo seguía. Por un momento, se quedaron todos callados. Maruja se largó a llorar tan en silencio que apenas si se dieron cuenta. El primero en romper el hielo fue Víctor: «¡Qué cagada, Hermano!», le dijo y detrás suyo, uno por uno, todos le palmearon la espalda y volvieron a trabajar.

ÍNDICE

5	PRÓLOGO DE MARCELO CARNERO
7	DEDICACIÓN EXCLUSIVA
11	NORMAS APA
14	APUNTES DE CAMPO SOBRE LA MIGRACIÓN
22	PERSPECTIVA CUANTITATIVA: EL DESBORDE
26	PLANTA PERMANENTE



•

PAULA TOMASSONI

Nació en La Plata en 1970. Es escritora y docente. Publicó las novelas *Indeleble* (EME, 2018), *Leche Merengada* (EME 2015) y los libros de cuentos *Pez y otros relatos* (Modesto Rimba, 2015) y *El paralelo* (Ministerio de Cultura de la Nación, 2015). Participó en las antologías *Colpes. Relatos y memorias de la dictadura* (Seix Barral, 2016), *Desplazamientos. Viajes, exilio, dictadura* (Edulp, 2016) entre otras. Escribe crítica literaria en la revista *Bazar Americano*. Trabaja como docente en nivel secundario y en Formación Docente Continua. Coordina junto a Francisco Magallanes el ciclo *Hasta que choque China con África* en la ciudad de La Plata.



UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL

ENRIQUE MAMMARELLA

Rector

LAURA TARABELLA

Decana Facultad de Humanidades y Ciencias